



Martin Muñoz, alférez de los ejércitos de Flandes. (Pág. 277).

nunciar á la idea que se habia formado de un hombre con cuyo respeto creia poder contar. Culpábase de haber sido imprudente, y en el paso que acababa de dar Carlos veia su castigo y que á la mañana siguiente aquella clandestina visita causaria su deshonra.

—Yo deshonraros, señora! la decia Carlos conmovido; yo que daría por vos mi vida... no sin motivo he venido á veros, señora: vengo á daros mi último adios.

—El último adios! contestó sorprendida la condesa.

—Venia á deciros, prosiguió Carlos, mañana, si, mañana tal vez, me buscareis, y ya no existiré... yo que os amo, que no puedo separarme de vos... os habré dejado sola, espuesta á mil peligros... pero no será culpa mia, yo no hubiera sido infiel á mis juramentos, á mi amor: y solo perdiendo la vida hubiera renunciado á la felicidad de veros, al cuidado de defenderos.

—¿Os vais á batir? le preguntó con viveza la condesa.

—Dentro de dos horas.

—¿Y con quién?

—Con un hombre, que me ha insultado en el baile, que ha tenido la osadía de arrancar la máscara á una muger que se apoyaba en mi brazo, y que por cierto llevaba el mismo disfraz que vos, y á quien yo hablaba creyendo hablaros... Ved, señora, el por qué he venido. Ahora que ya os he visto, me marchó contento, y llevo la esperanza de que perdonareis al que va á morir tal vez, con vuestro nombre en los labios y vuestra imagen en el corazón. ¡Adios, señora!

La condesa le detuvo exigiéndole la promesa de no batirse. Carlos no accedió á su ruego, era valiente, el insulto y la provocación se habia hecho á la faz de todo el pueblo de Amberes, y no queria pasar por un cobarde.

—No os batireis, Carlos, yo os lo suplico, yo os lo ruego, le decia la condesa con un acento capaz de seducir al hombre mas indiferente.

—Consiento, contestó al fin Carlos como vencido de tanta porfía; pero con una condicion.

—¿Cuál? preguntó con ansiedad la condesa.

—Amigos, familia, patria, todo lo abandonaré por vos, hasta el honor si consentís en seguirme.

—¡Seguiros! ¡nunca! contestó la condesa; no quiero cometer una nueva falta, que tendréis que partir conmigo... ¡Jóven, no sabeis todavía lo que es el remordimiento!

—Está bien, señora, nada mas os pido ya, dijo Carlos resueltamente.

—¿No ireis á esa cita?

—Iré... pero será para dejarme matar.

—Para dejaros matar... exclamó llena de angustia la condesa.

—Si... contestó Carlos, porque soy el mas miserable de los hombres... mi existencia en otro tiempo tan tranquila, no es hoy mas que un tormento... mi pensamiento no es mas que la duda... lo pasado lo he perdido... el porvenir lo habia colocado en vos y lo haceis pedazos con una palabra... vos no me amais!

—¿Yo amaros? ¿y podría hacerlo?... no conoceis esta fatalidad que siempre y por todas partes me persigue... Será preciso que os lo diga. Vuestra presencia es para mí la aparición de un fantasma.

—¡Gran Dios! exclamó sorprendido Carlos.

—Si, prosiguió la condesa, la aparición de un ser inocente y puro, de un ser que he perdido y que en vos me

recuerda todo, sus ojos, sus facciones, hasta el sonido de su voz. ¡Os temo y os amo á la vez! ¡Sois para mí el amor y una maldición!

—Tranquilizaos, señora, yo no quiero ser una desgracia mas en vuestra vida. Os he dicho que queria morir por vos... pues bien, dispuesto estoy á vivir... cerca ó lejos de vos... como gustéis, y ojalá á fuerza de abnegación y de sacrificios os haga olvidar lo que echais de menos. Nada quiero saber de vuestra vida; decidme si me aceptais por vuestro esclavo.

—Si, no por esclavo, por mi único apoyo, por mi único amigo en el mundo os acepto, Carlos, y un tierno beso estampado en la frente del generoso jóven, le transportó á la suprema felicidad.

Cual el eco de aquel puro y casto beso de amistad, resonaron en la puerta de la estancia de la condesa, repetidos golpes con que llamaban á ella, y una imperiosa voz que decia: ¡abrid, abrid, señora condesa!

Carlos y la condesa conocieron cada cual por su parte aquella voz. La condesa reconoció la voz de su marido, Carlos la del hombre que le habia insultado en el baile. Apenas se habian comunicado sus observaciones recíprocamente, conocieron la inminencia del peligro, lo crítico de la situación en que iban á colocarse. Instaba la condesa á Carlos para que huyese y no comprometiese su honra. Resistia Carlos huir delante del hombre á quien habia provocado y con quien debia de batirse dentro de pocas horas. Continuaba el conde golpeando á la puerta del cuarto y gritando para que le abriesen. La condesa logró al fin que Carlos se retirase á un gabinete, y tal vez consintió éste en esconderse allí, porque desde aquel punto podia velar sobre aquella muger que ocupaba todo su corazón, y á quien parecia amenazar en aquellos momentos una terrible desgracia.

Abrió la puerta la condesa resuelta á hacer frente al furor de su marido.

Precipitose éste en su estancia mirando con agitación á todos lados diciendo:

—Mucho habeis tardado en abrirme, señora condesa....

—Mi cuarto está aislado, y así me encierro todas las noches, contestó con aparente tranquilidad la condesa.

—Pero no estabais sola, he oido voces que os hablaban.

—Daba órdenes á mi dueña.

—A las cuatro de la mañana... buena hora. Verdad es que cuando se ha estado de baile, no tiene nada de particular que se acueste uno tan tarde. Deciais que os habiais separado de mí, para consagraros al mas severo retiro.... ya veo que sabeis divertirlos en vuestra soledad. Sin duda por espíritu de penitencia habeis ido á la función de esta noche.

—He ido para asegurarme de que os hallabais en Amberes, y he vuelto para hacer mis preparativos de marcha.

—¿Con qué insistís en huir de mí? yo soy mas terco aun, y estoy resuelto á valerme de mis derechos. Habeis venido huyendo de mí á Flandes, y á Flandes he venido á buscaros.

—¿Dónde quereis llevarme?

—A Londres.

—No iré... estoy cansada de ser vuestro instrumento y vuestra víctima.... Largo tiempo me habeis tenido engañada. Ahora os conozco bien. Sois la causa de todas mis desgracias. Erais un noble pobre italiano y os habeis casado

conmigo, á quien sedujisteis con vuestro falso amor, por ambicion, por interés.... Cuando yo me habia refugiado en Italia con mi madre, huyendo las persecuciones de Cronwell contra los católicos, porque yo era rica, de familia titulada y podia llegar á ser condesa.

—Mal sienta, señora, esa bella indignacion á vos, señora, que habeis sido á la vez hija desobediente, por casaros conmigo, y hermana desnaturalizada por ser condesa.

Alterada la condesa al oir estas terribles palabras de su marido, que revelaban el secreto de su corazon, miraba sin cesar al gabinete donde se hallaba escondido Carlos; rogaba á su marido que hablase mas bajo; pero éste, seguro de que el crimen es el vínculo mas fuerte que une á los cómplices en él, no se cuidaba ni de los ruegos ni de los temores de la condesa á quien se creia con derecho á dictar sus órdenes. La condesa le dijo entonces:

—No creia os olvidáseis hasta ese punto y me hiciésteis recordaros que una Ovelisel pudiese hacer de un hidalgo napolitano un marido, pero jamás su señor.

—No me aguardaba, lo confieso, tanta resistencia. Ya averiguaré la causa, y mis sospechas se van cambiando en realidades. Me engañáis, señora. Teneis un amante, y por eso vivís hace dos meses oculta en Amberes. ¿Para quién es sino, decidme, esa carta que está ahí sobre esa mesa?

Precipitóse sobre la mesa la condesa para apoderarse de la carta y evitar la cogiese su marido.

Este resuelto á tenerla á todo trance, dió un violento empujon á la condesa que dejó caer la carta de sus manos, lanzando un grito desgarrador. Entonces se apoderó de ella el conde.

—Sois un cobarde y un villano, señor conde, dijo Carlos presentándose delante de la condesa.

—¿Qué haceis? dijo la condesa mirando con indefinible ansiedad á Carlos.

—Quiero ver, dijo éste con admirable sangre fria, ver que cara pone delante de un hombre el que se atreve á poner su mano sobre una muger. No sé, señor conde, si con semejantes hazañas habeis adquirido en Nápoles la opinion de espadachin.... Os declaro que en Flandes se necesitan otras para pasar por valiente. Debíamos batirnos á las seis de la mañana, quiere decir que lo adelantaremos una hora. ¡Venid conmigo!

—¿Por quién me tomáis? contestó con desprecio el conde. A estas horas solo se baten los aventureros ó los ladrones. Yo estoy en mi casa: permitidme que me quede en ella, y que os pregunte por que casualidad os encuentro á estas horas en el cuarto mi muger.... ¡Ah! comprendo... añadid despues con infernal ironía, venfais por la máscara y el dominó de la señora condesa para volverlo á vuestra tienda. ¡Muy bien, jóven, muy bien!

—¡Caballero!.... Gritó Carlos en el colmo de la desesperacion.

—¿Qué vais á decir? que habeis venido aquí con el consentimiento de esta señora. No es verosímil que una condesa se rebaje hasta tener amores con el mancebo de una tienda, y asi espero que no me desmentirá, cuando ahora mismo que voy á llamar á las gentes de la posada y á entregáros en sus manos, diga que os he sorprendido robando las joyas que hay en este estuche. Y al mismo tiempo cogió la caja en que la condesa habia colocado las joyas que se habia quitado al volver del baile.

Aquella idea terrible que se le habia ocurrido al conde, aquel diabólico medio de cobarde y fria venganza que iba á poner en ejecucion, hizo que Carlos fuera de sí tirase de su espada y provocase nuevamente al conde.

Este con calculada sangre fria le dijo: mal negocio, jóven, os aconsejo que no lo empeoreis con un asesinato. Y despues se puso á gritar con todas sus fuerzas, ¡ladrones! ¡ladrones!

—¡Aquí estoy!... dijo el solo hombre que acudió á sus voces, y aquel hombre era Martin Muñoz.

Respiró al verle Carlos y el conde se desesperó gritando: ¿es esto una aleve intriga?

—He tenido miedo de que armasen á mi amigo una, y por eso he venido, dijo Martin, ya sabeis, señor conde, que soy un hombre especial para esto.

El conde lanzándose á la puerta del cuarto comenzó á llamar gente pidiendo socorro.

—Poquito á poco, caballero mio... le dijo Martin, no alcéis tanto el grito ni os movais, por que es escusado. Nadie puede oiros, he tomado perfectamente mis medidas, he alejado á todos. Hablemos en razon, tranquilamente, como buenos amigos. Veamos de que se trata.

—El conde rehusa batirse conmigo, contestó Carlos, y quiere hacerme prender como un ladrón.

—Aquí no hay mas ladrón que el señor, dijo Martin, señalando al conde.

—¿Cómo! Contestó éste con altivo desden.

—Sí, ¡vos! y Carlos es al que habeis robado!

Asombrados quedaron todos.

—Le habeis usurpado, prosiguió diciendo Martin, su herencia y su nombre, y hasta la espada de su padre.... Tenfais razon cuando decfais que de hacer las cosas era preciso hacerlas bien. Pero no contásteis con que doce esclodas dejaran de matar á un hombre, y que este hombre se presentase un día ante vos y el niño á quien quisisteis sacrificar, y con las pruebas en la mano dijese á aquel niño ya hecho un hombre: Carlos desde este momento recobrad vuestros títulos y vuestro nombre.... Si, Alberto Pierci.... conde de Ovelisel!

Estupefacto quedó Carlos al oir la noticia de su fortuna y la revelacion de que era su hermana la muger á quien amaba. Inmóvil cual una estatua de piedra se habia quedado el conde. Martin se llegó á él y quitándole insolentemente el gorro que cubria su cabeza le dijo:

—Ahora, señor Albani, saludad al jefe de vuestra familia,

—¿Quién es el atrevido, dijo el conde, que osa hablarme así?

—Yo no niego nunca mi nombre, dijo con dignidad Martin, aunque creí que te hubiérais ya adivinado, me llamo Martin Muñoz, para serviros.

—¡Martin Muñoz! exclamaron á un mismo tiempo el conde y la condesa aterrados.

—Si.... y si lo dudais, señor Albani, aquí llevo las cicatrices de las heridas que me hicieron los asesinos que mandásteis para matarme y arrebatarme el niño que el conde de Ovelisel habia puesto á mi cuidado, ese niño cuyo título habeis usurpado.

—Tú eres un impostor, dijo Albani, y esa historia es una fábula inverosímil y sin pruebas.

—No os disputaré si es ó no verosímil, contestó Martin,

pero en cuanto á las pruebas yo las haré ver ante vuestros jueces. Me las ha dado Elena.

Al oír aquel nombre no pudo menos de conmovirse el corazón de Carlos. Debía á aquella jóven con quien se había criado, que tanto le amaba, los medios de recobrar su nombre, la posición que tantas veces en sus sueños de ambición había lisonjeado su alma.

—Si, continuó diciendo Martin, esa pobre niña se ha adelantado á su padre, que por no desprenderse de Carlos, á quien ama como un hijo, iba á quemar esos papeles, que la pobre niña me ha entregado con la mayor alegría á pesar de que esos papeles ponían una barrera insuperable entre ella y Carlos su único y primer amor.

—Y sino bastasen esas pruebas yo añadiré mi testimonio, dijo la condesa, que hasta entonces había permanecido en el mas absoluto silencio, cual si se agitase en su mente un gran pensamiento, una terrible resolución.

Creció el asombro de todos al oírle decir que estaba resuelta á proclamar en los tribunales la verdad, á contar que el caballero Albani había hecho arrebatarse del asilo donde lo había colocado su padre en Flandes, á su hermano niño todavía, para hacer de ella con quien iba á casarse, la única heredera de los bienes y títulos de la casa de Ovelisel.

En vano el conde la hizo ver que no podía acusarle sin acusarse ella misma.

Ella le manifestó que por lo mismo que cediendo á sus halagos y al amor que fingía tenerla, y que solo había sido un cálculo de su ambición, había consentido en ser cómplice de aquella infernal intriga, por lo mismo estaba resuelta á proclamar por todas partes, que Alberto era el verdadero y legítimo heredero de los Ovelisel. Y desde entonces juraba mirarle como tal, y arrojándose á los pies de Carlos inundada en lágrimas, le pedía perdón por los grandes disgustos, por los grandes pesares con que por su debilidad había afligido á su hermano durante los años de su infancia y de su juventud.

Carlos levantó del suelo á su desconsolada hermana, y la abrazó con la mayor ternura.

Martin Muñoz trató de abreviar aquella escena de arrepentimiento, de lágrimas y de dolor, entregando á Carlos los papeles que comprobaban su noble origen y le daban derecho á una elevada posición y á una inmensa fortuna, y después añadió:

—Ahora estoy ya á las órdenes de vuestra señoría, y dispuesto á seguirle por todas partes.

—Y yo también estoy dispuesto á seguirlos, dijo con tono resuelto Albani, porque yo también tengo que proclamar una cosa: la infamia, la deshonra de vosotros dos!

—¡La deshonra! exclamaron todos á la vez.

—Habeis olvidado, señora, esta carta, dijo Albani dirigiéndose á su muger; esta carta abrasadora de amor frenético dirigida al señor Carlos Wanen á quien hoy llamo conde de Ovelisel... vuestro hermano. Yo también tengo mis pruebas. Mañana clavaré el incesto en el escudo y blason de los Ovelisel!!!

—Esa prueba es una horrible mentira... dijo Martin, y yo sabré arrancárosla. Yo os haré la guerra como me la habeis hecho á mí.

Carlos procuró contener la exaltación del honrado Martin, diciéndole y aun haciendo por primera vez uso de la

autoridad é influencia que le daba su nueva posición, prohibiéndole mezclarse en aquel asunto que se proponía arreglar por sí mismo. Se dirigió después á Albani y le dijo:

—Esa carta de que os proponeis abusar para deshonrar tan villanamente á una familia, que es también la vuestra, vais á entregármela y vos mismo fijareis su precio.

Albani señalando á los papeles que acababa de entregar Martin á Carlos le contestó:

—La cambiaré por esos papeles.

Carlos para quien eran aquellos papeles su nombre, su fortuna, su porvenir entero y la realización de los sueños de toda su vida, no vaciló ni un momento ante su propio interés y la innecesaria vergüenza que iba á caer sobre su hermana, sobre aquella muger á quien tanto había amado aun antes de saber los vínculos de la sangre que á ella tan estrechamente le unían.

Alargó los papeles á Albani y recibió en cambio la carta que amenazaba manchar la pura reputación de la condesa.

Ella trató de arrojarle sobre los papeles que ya tenía Albani en su mano diciendo:

—¿Qué habeis hecho?

—Salvaros, hermana mía, contestó tranquilamente Carlos.

—¿Por mí, por mí haces eso que te he hecho perder todo? exclamó con tono desgarrador la condesa. ¡Ah! ¡Alberto, cuán grande eres y cuán cruel en tu venganza!

—Señora, hermana mía, no lloreis así, la dijo Carlos; esas lágrimas me quitarían el valor que ahora mas que nunca necesito. Después dirigiéndose á Albani añadió: caballero, ya para el mundo no seré mas que Carlos Wanen, el sobrino de un tendero, pero para vos soy y permanezco siendo Alberto Pierci, conde de Ovelisel. No lo olvidéis jamás. Continúa, pues, engalanándoos con mi nombre, que será vuestra salvaguardia... Continúa llevándolo, lo menos mal que os sea posible. Yo iré como el primero de mis abuelos á crearle un nombre con la punta de mi espada. Sino puedo, merced á vuestra infamia, vivir con el nombre de mi padre, moriré al menos digno de este nombre.

—Lo conservareis y nadie os lo podrá arrebatarse ni un instante, generoso jóven, dijo Martin Muñoz, que hasta entonces había guardado profundo silencio, mirando con burlesca sonrisa esta terrible lucha de la generosidad y de la mezquina intriga.

Después se dirigió al conde diciéndole:

—Caballero Albani, si he permitido á este jóven jugar con vos, es porque estaba seguro de que yo haría que os ganase la partida.

—¿Pues y estos papeles? preguntó alterado Albani.

—Exactos, completos.... pero son una copia, dijo Martin. Me acordaba de mi mala ventura de hace años aquí, y esta vez he tomado mejor mis precauciones.... los originales están en poder del gobernador de Amberes bajo el sello del Estado. De prisa he tenido que andar, pero esta vez veremos quien vence, señor Albani.

—Lucharé contra tí, miserable, y contra todos, dijo despechado Albani saliendo fuera de la estancia de su muger, sin que tratase de oponerse ya entonces á su marcha Martin Muñoz, contentándose éste con decir únicamente, haciendo burlescamente una señal de saludo de despedida con la mano.

—Como gustéis, caballero, pero os advierto que no ireis muy lejos.... quisisteis hacerme asesinar en Amberes, yo soy

mas generoso, yo os voy á proporcionar alojamiento en la misma ciudad. Estad tranquilo; hijos míos, yo voy á llevaros á donde está vuestra madre. Abrazará á su hijo que tanto tiempo ha llorado por muerto, y abrazará una hija de cuyos brazos la había separado el amor de un vil intrigante. En cuanto á Elena.....

—Elena, hermana mia, mañana cuando volvamos á la casa del honrado mercader que ha cuidado como un padre de mi infancia y de mi juventud, os la presentaré como condesa de Ovelisel y mi mano recompensará tanto amor, y nuestro tierno cariño, hermana mia, le hará olvidar los celos que la habeis causado y el terrible apuro en que la puso en el baile de esta noche, el haber llevado á él un dominó negro con cintas azules enteramente igual al vuestro.

VI.

A la mañana siguiente, el caballero Albani era preso y conducido al castillo de Amberes como reo de estado, por haber tomado parte en la insurrección de Nápoles su patria, contra la corona de Felipe IV. Cuando se levantaron los napolitanos capitaneados por un pescador llamado Tomás Aniello de Amalfi, cuyo nombre se ha confundido con el de Masaniello, degollaron á los empleados en rentas y á muchos de los nobles, saqueando las casas de los pudientes y cometiéndolo toda clase de excesos. Cansados de las insolencias del capitán le asesinaron, y pusieron á su frente al conde de Torre-Alta, que tuvo el mismo fin y fué reemplazado por uno llamado Genaro. Formaron el proyecto de erigirse en república, y aclamaron por dux al duque de Guisa, que pasó de Roma á Nápoles llamado al intento; pero habiendo entrado en la ciudad don Juan de Austria, los derrotó haciendo prisionero cerca de Cápua al duque de Guisa, que conducido á España fué encerrado en el alcázar de Segovia, de donde se escapó disfrazado, si bien cogido en Vizcaya volvió otra vez á esta misma prision.

Albani había sido uno de los mas celosos partidarios del duque de Guisa. Martín Muñoz lo había seguido en su fuga á Flandes, lo había denunciado á la autoridad y había ocasionado su prision.

La casualidad le había hecho terminar su empresa cuando menos lo pensaba del modo que hemos visto, porque su principal objeto esta vez en Amberes, era la prision de Albani, de quien tenía que vengarse.

Logró su objeto, porque despues de seis años de encierro murió en el castillo de Nuremberg.

Elena vió coronado su amor siendo esposa de su amante Carlos y condesa de Ovelisel.

El honrado mercader maese Pedro, jamás quiso abandonar su comercio, que adquirió un gran desarrollo con las grandes cantidades que le regalaron sus hijos, y sobre su mostrador enseñaba con orgullo la vara de medir tachonada de plata, que tan principal papel ha representado en esta historia y cuyos pedazos había hecho artísticamente volver á unir.

Carlos no quiso volver á su patria, Lóndres, tiranizada por Cronwell, y se naturalizó en España, llegando á ser uno de los capitanes que mas se distinguieron en las campañas de Flandes, habiendo comenzado su carrera militar de abanderado de uno de sus tercios.

Martín Muñoz, rico por la liberalidad de los condes de

Ovelisel, jamás se separó de su lado, y se distinguió mucho en varias acciones de guerra, que le conquistaron alto renombre y una roja cruz de Santiago para su noble y esforzado pecho.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LOS PRECURSORES DE LA REFORMA.

I.

En tiempo del emperador Carlos V, se convocó un concilio en Trento para oponerse á la reforma de Lutero.

Hoy vamos á examinar esta reforma, que desde entonces tan honda division ha causado en el cristianismo, empero haciendo ver los precursores de esta reforma que se atribuyó á Lutero, pero que se encontró todos los caminos preparados para ella. Las heregias modernas, principalmente el protestantismo y su hija la filosofía separada de la religion, no eran cosas nuevas en la época en que vinieron á trastornar el mundo. Vienen de muy lejos, su principio original es la duda, y la duda es, no solamente anterior al cristianismo, sino contemporánea al primer hombre.

Desde la cuna de la Iglesia encontramos dos grandes heregias que han tenido el triste privilegio de alimentar mas ó menos ámpliamente á los novadores de todos los siglos, y que en este sentido se pueden llamar heregias madres; gnosticismo y maniqueísmo. Los antiguos filósofos cuando vieron brillar el cristianismo no pudieron renunciar á sus antiguas doctrinas. Los dogmas de Platon, sueños del Oriente, las iniciaciones del Egipto, todo esto en su mano vino á formar una masa de extrañas creencias absurdas, que sin embargo tuvieron por adeptos á talentos muy distinguidos. No entra en nuestro plan detallar aqui todas las singulares y ridículas ideas de los gnósticos. El vacío que se encuentra á cada paso en ellas, haría muy difícil nuestra empresa: notemos, sin embargo, que iba aumentando este vacío la carrera abierta á los espíritus enfermos que en el transcurso de los siglos debían tomar sus inspiraciones en este impuro manantial.

El gnosticismo no estaba hecho sino para los sabios del mundo. Tal cuál fué constituido no tenía principio de vitalidad y no podía atravesar las edades futuras, tenía solo la probabilidad de resucitar mas tarde bajo diferentes formas. Fantástica creacion de una erudicion poética, frecuente entre los pueblos envejecidos y sutiles, amalgama increíble de vaporosos ensueños en donde desaparecía toda realidad, no era accesible á las masas. Orgullosos con su oculta doctrina el gnóstico no trata de comunicarla al vulgo profano: se encierra en sí mismo, goza en el secreto. No quiere pueblo porque el pueblo le conocería y no le querría. ¿Qué interés podría tomar el pueblo en una filosofía contemplativa, en una inútil meditacion? El pueblo necesita una enseñanza mas palpable, un atractivo mas material. Esta enseñanza, este atractivo, otra secta iba á presentárselo, la secta de los maniqueos.

Si el gnosticismo está hecho para el sabio, el maniqueísmo se dirige para la muchedumbre. En lugar de encerrarse, de aislarse como su predecesor en la abstracta

contemplacion comienza por formar un cuerpo visible, una sociedad. Para cautivar las masas, para darles un punto de reunion claro y sólido con que formar un grupo compacto, se apodera de la idea mas comun, la mas estensa idea, la mas vulgar quizá, empero tambien la mas fácil de comprender. Divide en dos secciones el mundo, y da el imperio de ellas á dos principios. El uno disponiendo el bien y el otro protegiendo el mal. Todo emana de este doble origen: moral, filosofia, poesía, religion. Habia aquí algo de palpable y de ingenioso que el niño mas débil podia comprender y retener. Así el maniqueismo hizo penetrar profundamente en los espíritus, la creencia á la vez elevada y ridícula, vulgar y poética que lleva su nombre.

Hemos dicho que el gnosticismo y el maniqueismo fueron como dos arsenales á donde la mayor parte de los novadores que se sucedieron con el transcurso de los tiempos vinieron á buscar y templar su armas. Veremos como las herejías modernas cada una vino especialmente á tomar su sistema.

El racionalismo de nuestros dias se cree muy nuevo. Sin embargo, ¿qué es lo que ha hecho sino rejuvenecer doctrinas cuya moda habia pasado ya? Los alógos al negar el Verbo de Dios le abrian, aunque de lejos, el camino. Enemigos de la contemplacion, no saliendo jamás de los límites de una fría dialéctica, abrazando para combatir á sus enemigos el cómodo partido de una desdenosa critica, rechazaban lo infinito cual una cosa incomprensible, no admitiendo sino lo que su razon podría abarcar dirigiendo sus estudios á las matemáticas y á las ciencias puras. Tal era el sistema de aquel curtidor bizantino, Theodoto, que difundió esta doctrina en Roma: el de Artemon, y sobre todo de Pablo de Samosate. Todos estos no veian en Cristo sino un hombre enriquecido pasageramente con una sabiduría divina: están de acuerdo en cuanto al fondo de los datos con muchos de los protestantes del siglo XVI.

¿El panteísmo que recientemente ha hecho tantos partidarios, en Alemania sobre todo, es acaso mas nuevo que el racionalismo?

—No.

Está encerrado en principio en aquella estraña doctrina del Sabelio platónico que resolvía el universo y el género humano en un inmenso idealismo. En el origen de las cosas, dice Sabelio, Dios silenciosamente concentrado en su ser inefable, unidad absoluta, sin emanacion y sin revelacion, nada habia sacado aun del profundo caos donde todo reposaba. El alma de Cristo, despues el Espíritu Santo, despues por último el alma del hombre irradiaciones sucesivas del alma de Dios, se produce á su vez y queda creado el universo moral. Así el mundo y la humanidad se desvanecen y se pierden en Dios. La nada universal es el objeto definitivo de un misticismo universal. Y á esto en perfecto llegaron en último término los discípulos de Sabelio, lo mismo que mas tarde los arrianos pasando de transformaciones en trasformaciones concluyeron por producir el socinianismo, padre evidente de la moderna filosofia. Ya que hemos nombrado á los arrianos observemos que la destruccion de toda gerarquía hecha por los protestantes no es mas que el resto, una invencion de los últimos siglos. Es una copia que han hecho de los arrianos que fueron los primeros que dieron este ejemplo en Bizancio y en otras partes.

¿Qué fueron los iluminados de Alemania en el siglo XVIII? ¿Qué los estáticos de Inglaterra en el siglo XVII? montanistas modernos. Teniendo sus miradas fijas sobre los profetas del Antiguo Testamento, la secta de los montanistas mezcló del modo mas estraño la democracia y la inspiracion. La ignorancia inspirada y la santa pobreza eran los ídolos de este partido. El montanista ama y diviniza el éxtasis, pero el éxtasis ignorante: cuanto mas ignorante mas puro es. Unido al Espíritu-Santo mas que al Verbo seña en su razon individual, cuando esta razon acolorada por el éxtasis, parece haber recibido la inspiracion de lo alto, soplo del espíritu divino. Todo hombre es susceptible del don de la profecía: todo cristiano es sacerdote y se transforma en magistrado y en rey. Una democracia de fieles, que tienen por guia al primer inspirado que se presenta, pero el cual concluida la inspiracion vuelve á confundirse en la masa del vulgo. Este gobierno de éxtasis, fué el que despues de haber dormido siglos se despertó triunfante favorecido por la hipocresía en la persona Cronwell y de sus adeptos. El principio de igualdad contenido en sus místicas doctrinas, concurrió á la formacion del gobierno representativo inglés, y preparó tambien la explosion de la democracia durante la revolucion francesa.

Hacer dominar la individualidad, exaltar desmesuradamente la energía del alma humana, es lo que se echa en cara á los filósofos modernos. ¡Pues bien! el origen de ese sistema que se aproxima al antiguo estoicismo, reposa todo en la doctrina de un monge inglés, el hereje Pelagio. Alimentado probablemente en la ciencia de los conventos irlandeses, mirando como todos los sectarios á la iglesia católica, descarrilada de su buen camino, arrastrado de un inmenso orgullo, Pelagio abraza una doctrina completamente histórica sobre las fuerzas de la voluntad humana, y sobre su potencia definitiva para arrancar al hombre del mal. Glorificando á la vez la idea del deber y la de nuestra energía moral, se aliaba completamente este sistema con el genio práctico, positivo, y racional de los tiempos modernos, y sobre todo de los pueblos del Norte. Poner como superior á todo la libertad del hombre, era destruir la influencia de Dios sobre nuestras acciones y hacer inútil la oracion. Esta enseñanza, ó mas bien este error, se perpetuó por mucho tiempo en medio de las naciones occidentales. La individualidad y la fuerza personales del hombre erigidas en culto por la Inglaterra, se refieren y acomodan seguramente á esta antigua tendencia.

Se ha metido gran ruido en el mundo con Spinoza, se le ha mirado como un innovador sin precedente y sin modelo, y esto es un grande error. Spinoza no es mas que la copia de Scot-Erígene y sobre todo de Abelardo, como demostraremos en el siguiente artículo.

II.

Decíamos en el artículo anterior que era falsa la originalidad que se atribuía al sistema de Spinoza tan funestamente célebre en el mundo, y que este filósofo, no habia hecho mas que copiar al famoso Abelardo, tan célebre por sus desgraciados amores como por sus grandes errores.

Abelardo, ese espíritu ambicioso y poderoso, lleno de sutileza y de energía, es uno de los hombres que mas vivamente han precipitado á las naciones hácia esa prudencia

humana y ese racionalismo crítico de que se ha hecho el protestantismo el último eco. Tiene una manera peculiar propia suya de conciliar la voluntad del hombre, su libertad, su poder moral con el estado de esclavitud en el que le mantiene el poder y la prevision de Dios.—«El hombre es libre, dice; su voluntad, su capricho pueden siempre alterar el orden de la Providencia. No se debe atribuir á Dios lo imposible; es decir, la facultad de preveer ó no preveer lo que el hombre puede hacer ó no hacer, pero las cosas exteriores oponiendo á la voluntad humana una red de insuperables obstáculos la estrechan, la oprimen, la contrarian, la ligan, la reducen al estado de nulidad, permitiéndola á todo lo mas la libertad del pensamiento pero no la de accion.»

¿La democracia que desde hace tres siglos ha cubierto de tantas ruinas al mundo, es acaso tambien una invencion moderna? No tiene ni aun ese triste honor. Una vez emitida la teoria sobre la libertad por Abelardo, vino otro hombre que la recogió, la confundió con los vivos y fuertes recuerdos de la antigua Roma, y uniéndola á ellos la exaltacion de un alma ardiente, y con ella estuvo á punto de conmover toda la constitucion de la Iglesia y del Estado en Francia, en Suiza y en Italia. Este hombre fué Arnaldo de Brescia. Testigo del movimiento republicano que arrastraba á las ciudades italianas, y creyendo ver en él una revolucion de los Gracos, corrió á poner en práctica la libertad de los antiguos dias, y á fundar una democracia universal. Fracasó su empresa, empero sobrevivió su idea. Despues de su muerte el hermano Dolcin la reprodujo bajo el punto de vista religioso, y el tribuno Nicolás Rienzi, bajo el punto de vista político, en la efímera república que estableció en Roma.

Los clubs, jacobinos de la revolucion francesa, tampoco hicieron nada de nuevo. Los circunceliones africanos habian dado hacia muchísimo tiempo el ejemplo de una democracia igualitaria furibunda. En la historia de sus actos se encuentra toda la fanática exaltacion del puritanismo inglés, y toda la celosa vehemencia de los jacobinos de Francia. A largos intervalos se ven volver á aparecer las mismas causas, obrando de la misma manera, aunque bajo diferentes influencias. Se podia aguardar ver la igualdad y la fraternidad de los hombres, predicadas una vez por el Evangelio, venir á parar bajo la inspiracion del espíritu del mal, á este resultado demagógico y religioso.

Se ha visto pues el origen del racionalismo, del panteísmo, del iluminismo alemán, de la moderna filosofía, del spinozismo y de la democracia. ¿Cual fué el del protestantismo?

Antes de responder directamente á esta pregunta, echemos una ojeada sobre todos esos fanáticos sectarios del Mediodía de la Francia, albigenses, vaudenses y otros cuya aparicion fué como el preludio del protestantismo. No los separamos de Lutero, porque éstos y él se dan la mano.

¿Qué eran estos herejes? Maniqueos rejuvenecidos. Las costas francesas del Mediterráneo tenian frecuentes relaciones con Bizancio y la Grecia: se impregnaron fácilmente de las ideas orientales. La doctrina tan popular y tan viva del maniqueísmo estableciendo el reinado simultáneo del bien y del mal, su violenta lucha, y la necesidad para el hombre de defender el bien y resistir el mal, esta doctrina á la vez mística y activa, preocupó vivamente los ánimos en la Francia Meridional. El Catharo, el hombre de la pureza, el defensor del bien y de lo hermoso, el enemigo del

mal principio, debía, segun el dogma recibido, hacer resucitar á Cristo del sepulcro: pero para esto necesitaba una vida perfectamente santa, perfectamente casta, pobre, sencilla, ignorante de todo, escepto de las cosas religiosas. Cuando estas ideas tan halagüeñas para el débil y para el hombre que padece, se esparcieron en el seno de poblaciones modestas, agrícolas y pastorales, fué rápido su contagio. Lo adoptaron á lo primero los pequeños, muy á poco despues los grandes siguieron su ejemplo. Del undécimo al duodécimo siglo los catharos se presentan por todas partes, agitan y conmueven la Europa. Los hay que no quieren reconocer mas que la santidad del pobre. Otros entregándose á infames desórdenes, afirman que la carne no puede pecar, porque es el pecado mismo, y que las manchas del cuerpo jamás pueden contaminar la belleza del alma. ¡Estraña aberracion del espíritu humano cuando una vez se ha separado del buen camino! Estos orgullosos catharos se jactaban de ser los hombres puros por escelencia, y se revolcaban sin pudor en el lodazal del vicio y de las pasiones.

No olvidemos tampoco á Wicleff, Juan de Huss, Gerónimo de Praga; estos dos últimos discípulos del primero. Todostres no eran mas que los continuadores de los catharos, y por lo mismo viejos maniqueos: pero al mismo tiempo eran los inmediatos precursores de los protestantes. Hay, dice un escritor, dos aspectos importantes en la doctrina de Wicleff; el aspecto filosófico, y el aspecto teológico. Bajo el primero la doctrina de este heresiarca, es una grosera mezcla de maniqueísmo, de panteísmo y de fatalismo. Segun él, Dios abandona el gobierno del mundo á las potencias del mal; ó en otros términos, el buen principio obedece al malo. Toda criatura participa de la naturaleza divina. Una ciega necesidad es la razon única de todo cuanto sucede, de donde se sigue que no hay en Dios, ni providencia, ni libertad, ni poder. Bajo el aspecto teológico la doctrina de Wicleff, es la teoria pura del presbiterianismo. El papa no es el jefe de la iglesia militante: no hay ninguna necesidad de cardenales, de patriarcas, de obispos y de concilios. Los sacerdotes y los diáconos son suficientes para el ejercicio de las funciones sagradas. Aquí es sobre todo, donde se ve apuntar anticipadamente al reformador de Wittemberg. Añadamos para completar el cuadro, que Wicleff y sus sucesores proclamaron una democracia furiosa, que armó millares de brazos y derramó torrentes de sangre. Este último rasgo está tomado de los demócratas antiguos circunceliones y otros.

Los caminos estaban preparados, Lutero no estaba lejos.

A principio del siglo XVI se levantó una nueva heregia de inmensas proporciones, de una audacia hasta entonces inaudita, espantosa perturbacion de todo el orden social y religioso. Hubiérase dicho que habia esperado antes de arrojarse sobre el mundo á que el espíritu del mal hubiese derramado en él la copa de todos los horrores, á fin de poderlos recoger en un vasto sistema, reanimarlos con su sople y comunicarles una fuerza y una energía desconocida. Hemos nombrado el protestantismo. ¿Fué el protestantismo un descubrimiento, una invencion? Las líneas anteriores han hecho presentir nuestra respuesta. No fué nada nuevo. Para imaginarlo, para formularlo no tuvo que hacer esfuerzos Lutero. Le bastó ir á escarbar en el impuro receptáculo de todas las heregías pasadas, coger lo mas sustancial de

cada una de ellas, y arrojar ese incoherente montón á la faz de la Europa; y decimos ese *incoherente montón*, porque el novador ni aun se tomó el trabajo de coordinarlas y enlazarlas en su símbolo. ¿Necesitaremos probar ahora lo que hemos dicho de que el protestantismo, como todas las sectas que vinieron antes de él, no ha sido mas que la resurrección de viejos sistemas edificados hacia muchísimo tiempo, olvidados algunas veces durante siglos, reanimándose á largos intervalos para arrojar sobre el mundo sus siniestros resplandores? Nos parece inútil. Citamos, sin embargo, una autoridad que no se atreverá á recusar nadie: *la universidad de París*, al condenar la doctrina luterana, hacia observar con mucha prudencia, que la nueva secta concentraba en alguna manera todas las que la habían precedido, tomando de cada una de ellas la idea dominante que con preferencia parecia haber adoptado.

Detengámonos aquí.

Es, pues, evidente, que el espíritu de mentira con toda su actividad, con todos sus esfuerzos, con toda su perfidia, no ha hecho mas que dar vueltas hace mil ochocientos años en un círculo vicioso de errores, de que no ha salido y de que no saldrá jamás. Impotente para edificar, es solo poderoso para destruir. Ni los filósofos de nuestra época y los que los han precedido, ni los novadores protestantes, ni los de tiempos anteriores hasta una época muy remota, pueden reclamar la prioridad de las opiniones que han proclamado y hecho valer, ni el honor de autores de la revolución de que fueron cabezas. Todo estaba dicho. Todo se había encontrado desde los cinco ó seis primeros siglos de la Iglesia: lo demás no ha sido mas que copia, purísima copia, miserable y funesto plagio.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LORCA.

EL CAPITAN JUAN DE TOLEDO, PINTOR.

Felipe II, gastado por los años, devorado por la gota, y el peso de un reinado glorioso de cuarenta y tres años, aunque de continuas guerras, sintió que en su avanzada edad no podía sostener en los Países Bajos su autoridad, á pesar de haberlos inundado de sangre durante el gobierno del terrible duque de Alba, y queriendo asegurar la posesión de estos Estados en su familia, cedió su soberanía á su hija Isabel, casándola con el archiduque Alberto, á quien había nombrado gobernador de Flandes, bajo la condicion de que los hijos que naciesen de esta union no podrian jamás contraer matrimonio, sin consentimiento del rey de España, y que á falta de posteridad volverian estos dominios á su corona, como sucedió despues en el reinado de Felipe IV. Este fué el último acto político de Felipe II, en mayo de 1598, y el 13 de setiembre de aquel mismo año, descansaba ya su cuerpo en la bóveda del suntuoso templo de la octava maravilla, de ese gigante de las artes, que en los límites de las dos Castillas había levantado para sepulcro del emperador su padre, para sí y los reyes sus sucesores.

Su hijo Felipe III, subió al trono á los veintefy un años,

y débil monarca, entrega la gobernacion del Estado á su favorito don Francisco de Rojas Sandoval, marqués de Denia, su caballerizo, cuando solo era príncipe de Asturias, á quien crea duque de Lerma, hace su primer ministro y entrega á su arbitrio esta inmensa monarquía.

Flandes continuaba con obstinacion la guerra, desplegando un furor de que no se había visto ejemplo hasta entonces. Ocho buques de transporte que conducian tropas españolas en auxilio del príncipe Alberto, interceptados por los cruceros holandeses, tuvieron que dispersarse, y apresados cuatro de ellos, los infelices prisioneros atados de dos en dos, fueron arrojados al mar, crimen odioso que deshonra al partido protestante y al pueblo holandés. Se verificaba este gran crimen en el año de 1605.

Luchaban con las espantosas olas los míseros españoles, y atados espalda con espalda en breve desaparecian de la superficie sumergiéndose en el fondo del mar. Una sola de estas tristes parejas se veía luchar obstinadamente contra la muerte. Era un capitán de los tercios castellanos, don Juan de Toledo, natural de Lorca, en la provincia de Murcia, y un soldado de su propia compañía. El soldado se ahogó en breve, y parecia que con su peso iba á arrastrar al fondo del abismo á su capitán. Hizo éste en medio de las ansias y en las convulsiones de la muerte un supremo esfuerzo y rompió sus ligaduras, al mismo tiempo que pronunciaba su corazón el voto de consagrar el resto de su vida en embellecer los templos del Señor, porque Juan de Toledo no era solo un valiente capitán, sino un gran pintor.

Favorecido por la noche, y logrando asirse á un madero de los buques que habían destrozado los holandeses, las olas le arrojaron estenuado, moribundo, sobre la playa de Amberes. Allí recogido por unos pescadores, vivió algun tiempo en su pobre cabaña, hasta que recuperadas sus fuerzas pudo ir á presentarse al archiduque Alberto y á la infanta doña Isabel, á quienes hizo relacion del terrible lance en que se había encontrado, y del voto que había hecho á Dios en el momento terrible del peligro. Entonces hizo conocer, que habiendo salido hacia veinte años de Lorca, su patria, había seguido las campañas de Italia en tiempo de Felipe II y Felipe III, y guiado de su afición grande á la pintura, había aprendido este divino arte con el célebre Miguel Angel Cerquozzi, llamado el de las Batallas por lo bien que las pintaba en Roma, á donde su carrera militar le había conducido. Difícil parecia al archiduque que un hombre en cuyos modales se revelaba la ferocidad del soldado acostumbrado á los campamentos, fuese un grande artista. Quiso probar su habilidad, hizo que le diesen lienzos y pinceles, lo alojó en su propio palacio, y le encargó que pintase una batalla. Resistióse el capitán Juan de Toledo, alegando el voto que había hecho en medio de las olas del mar de consagrar su mano y sus pinceles á embellecer los templos del Señor, y pidiéndole señalasen algun muro de alguna iglesia para trazar en él sus frescos.

El archiduque Alberto no quiso hasta estar seguro de su habilidad entregarle una iglesia, porque en las de los Países Bajos habían trabajado hasta entonces pintores tan célebres como Rubens, Antonio Moro y otros.

Sometióse Juan de Toledo á la prueba, y en pocos meses presentó á la vista del archiduque dos cuadros figurando marchas de soldados, batallas y marinas, desempeñadas